

JOSE PICHARDO.

Orador sagrado.

Nacido en Cuernavaca, el año de 1748; fué alumno y después catedrático de latín y de filosofía en el Colegio de San Juan de Letrán, en México; capellán del Hospicio de Pobres y presbítero del Oratorio de San Felipe Neri durante veintitrés años. Beristáin lo pinta como hombre «de estudio incansable, de instrucción sólida, varia y amena, de ingenio varonil, de crítica acérrima, y de memoria prodigiosa»; dice que llegó á reunir una biblioteca de seis mil volúmenes, conoció el griego, el hebreo, y varias lenguas vivas de los aborígenes mexicanos. De 1808 á 1812 escribió, por encargo del gobierno virreinal, un extensísimo informe sobre los límites de la Luisiana y de Texas. Publicó un *Elogio de San Felipe Neri* (México, imprenta de Ontiveros, 1803) y dejó manuscritos una *Vida de San Felipe de Jesús*, una inconclusa *Historia de la Virgen de los Remedios*, y muchos sermones y opúsculos.

Era, además, anticuario y, según Humboldt, «muy versado en la historia de su patria», especialmente en antigüedades aztecas.

CONSULTAR: Beristáin; Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, trad. González Arnao, París, 1822, tomo I, 327, 355.

JOSE MARIANO PONCE DE LEON.

Orador sagrado.

Nacido en Oaxaca; estudió en el Convento franciscano de Tehuacán y en el de Puebla, así como en el

Seminario Palafoxiano, donde llegó á ser catedrático de retórica y de historia y disciplina eclesiásticas. Vistió la beca del Colegio Teo-jurista de San Pablo, de Puebla; fué cura párroco y juez eclesiástico en Amozoc, Tepango, Teziutlán y Coyomeápan; se graduó de Maestro en teología de la Universidad de México, y ganó en oposición la canonjía magistral de la Catedral de Oaxaca, donde llegó á tesorero y chantre, siendo además rector del Seminario de Santa Cruz, regente de estudios y catedrático de teología. Hacia el fin de su vida pasó á Puebla como prebendado, y murió allí en 1814. Publicó, según Beristáin, un *Sermón moral de dedicación* (México, 1804), un *Sermón de rogativa* por Pío VII (México, 1809), un *Sermón* para la Epifanía, predicado en Oaxaca (Guatemala, 1809), *Sermón de gracias* por los triunfos de las armas españolas contra los franceses (México, imprenta de Ontiveros, 1809), *El genio de la paz*, canto en elogio del Obispo de Puebla Campillo (Puebla, 1812), y *Oda* en elogio del Conde de Castroterreño, comandante del ejército realista en el Sur de México (México, 1813).

CONSULTAR: Beristáin.

JOSE MATIAS QUINTANA.

Escritor político.

Don José Matías Quintana, padre de D. Andrés Quintana Roo, nació en Mérida el 24 de Febrero de 1767, y fué hijo de D. Gregorio Quintana y Doña Martina del Campo y León.

Aunque no hizo estudios universitarios, sino que, concluída su educación primera, se dedicó al comercio,

en el cual llegó á adquirir buena posición, fué siempre hombre de aficiones intelectuales. En 1813 fundó, en Mérida, un periódico que duró alrededor de un año, con el título de *Clamores de la fidelidad americana ó fragmentos para la historia*, según D. Francisco Sosa. Se hizo sospechoso al gobierno, tal vez á causa de su periódico, y en 1814 se le envió preso á San Juan de Ulúa. Consumada la independencia, fué diputado á la Legislatura del Estado de Yucatán y, en 1827, diputado al Congreso Nacional. Murió en México el 30 de Marzo de 1841.

Sus producciones, fuera de los artículos de periódico (entre los cuales se cita *El jacobinismo en México*, dedicado á Santa Anna), se reducen á un solo libro de carácter religioso, *Meditaciones*, del cual, según el Sr. Sosa, hay tres ediciones, hechas dos en Yucatán y una en México, en 1810.

CONSULTAR: Francisco Sosa, *Mexicanos distinguidos*; Zavala, *Ensayo histórico*, I, 123; II, 27, 332.

RAMON QUINTANA DEL AZEBO.

Poeta.

Miembro de la Arcadia de México, donde se llamó *Dametas*; en el *Diario de México* escribía, en prosa y en verso, con diversas firmas: *Anatnik, Zeoba, Zeobá-del, Mr. Noa, M. Noar, El Sonámbulo, El Tío Carando, y A. del Q. R.*: estas últimas iniciales son las suyas invertidas, y no las de Andrés Quintana Roo, que sólo aparecen en 1810 (dos veces), cuando tenía éste veinte años. Fué amigo del ilustre centro-americano Antonio José de Irisarri, á quien dedica unos versos de despedida (*Diario*, 15 de Diciembre de 1806). Pu-

blicó en folleto la oda *Al cumpleaños de Fernando VII el Deseado* (México, imprenta de Arizpe, 1808).

Quintana del Azebo vale poéticamente más que la mayoría de sus compañeros del *Diario*, exceptuados los verdaderos poetas, -Navarrete, Ochoa y Sánchez de Tagle. Junto á Barazábal y á Barquera, parece realmente poeta; y todavía está por encima de Juan María Lacunza y de Rodríguez del Castillo. Su versificación es bien entonada y su expresión tiene cierta pureza; se advierte en él á un lector de los poetas más sonoros de la lengua castellana. Sin embargo, no logra sostener el vuelo poético, y no puede entresacarse de las suyas una poesía completa, digna de antología.

Hay muchos pasajes en sus composiciones que harían suponer, tomados aisladamente, á un poeta superior. Así de la oda sáfica *La resurrección del Señor*:

Al Báratro profundo derrocado
va el ángel de las sombras, y á su orgullo
da el Santo vencedor entre cadenas
término oscuro.....

Dulcisonas las arpas de oro suenan
siguiendo los acentos con que el triunfo
celebran ante el trono innumerables
ángeles puros....

(*Diario de México*, 29 de Marzo de 1807).

De la oda *A un amigo*:

Concédase á mi voz en este día
cantar, amigo, tu natal dichoso,
y en métrica armonía,
al dulce són de mi rabel gracioso,
hacer que suenen por el vago viento
los ecos de mi gozo y mi contento....

(*Diario*, 18 de Julio de 1807).

Citaremos íntegras dos poesías que dan idea cabal de su estilo. La primera, dedicada á los árcades de México, se intitula *Idilio*:

Así, mientras pastaba sus ovejas,
Dametas entonaba amantes quejas.

¿El tiempo llegará, sensible Delia,
en que mi amor conozcas, ó se extinga
la llama que fomenta mi ternura?

¡Ay me! Callando gimo, y me es mi pena
muy más terrible que el helado invierno.

¿De qué me sirve, dí, que cabe el olmo
que dócil con sus ramas cubre el techo
de mi pajizo albergue, tú con Ana
afable me saludes, y te sientes
sobre el árido césped prevenido?

¿De qué, que airosa tú con diestra mano,
capaz de embelesar al mismo Apolo,
la lira pulses, y que con mi flauta
tus sonos acompañe distraído?
¡Oh Delia! de aumentar mi pena triste.

Si algún pastor me viera, y que á tu lado
las horas se deslizan blandamente;
que te acompañe en los sencillos bailes
de la inmediata aldea, y que placiente
escuchas tú mi voz, y yo la tuya,
feliz ¡oh Delia! á mi pasión diría.

Más ¡ay! tus gracias, do á la par se ostentan
tu virtud, y el candor que hay en tu seno,
si halagan á mi amor, mi mal aumentan.
¡Oh Delia! ¿y he de amarte sin consuelo?
¿y he de amarte y callar el que te amo?
¿ó acaso un hado injusto me condena
á eterno suspirar y eterna pena?

Dos veces pulular al trigo he visto
y al manzano otras tantas deshojado,

y yo en mi mal constante siempre miro
volver los astros al usado giro,
sin que á mi pecho torne la alegría.
¿Y cómo tornará, si desde el día
que amor libró á mi pecho el dardo insano,
amante á Lelio sigues? Dí: ¿su choza
que excede á las demás, cuanto al lentisco
el lúgubre ciprés, á amar te incita?
¿O acaso los rebaños numerosos
que el valle ameno cubren? ¡Cuánto, Delia,
se engaña quien feliz al rico piensa!
A Lelio advierte, advierte cuál se agita,
las creces combinando de su aprisco:
en el soto, en la aldea, en la cabaña,
y lo que es más, hermosa, en tu presencia
no sabe sino hablar de su opulencia.
Él mira indiferente el casto hechizo
que vive en tu semblante, y tu sonrisa
más dulce que la miel y añejo vino.
¿Y así le estimas? ¿O de un padre avaro
las leyes obedeces? ¡Oh destino!
¡Pluguiera á amor, que nunca á mí tu Lelio
de amigo el dulce nombre dado hubiera,
que libre entonces, al hablar contigo,
mi pena te diría, y nunca fuera
mi rémora fatal un buen amigo!

(*Diario de México*, 13 de Mayo de 1808).

La segunda es una *oda libre Al Sueño*:

No en torno de mis sienas
tus alas giren, sueño pavoroso;
tus negras alas, que en el Lete undoso
humedecidos traen
al mísero mortal descanso incierto.
Te estima el fatigado, como al puerto

el pávido piloto; el vagabundo
 conságrate en ofrenda
 la mitad de su vida; en todo el mundo
 la ruda ceguedad de los mortales
 te llama por alivio de sus males.

Mas yo, deidad mentida,
 amada sólo por el vulgo ciego,
 en nada estimo aquel letal sosiego
 con que al viviente brindas engañosa;
 sin tí, con grato anhelo
 contemplaré en la noche silenciosa
 los astros relucientes, que en el cielo
 con su inmutable giro y dependencia
 muestran la omnipotencia
 del Sér Supremo que los ha creado.
 Sin tí, la amable ciencia
 mis horas llenará con sus dulzuras:
 veréme ¡oh sueño! siempre rodeado
 de las delicias puras,
 y á tu feudo tirano sustraído
 podré decir al menos que he vivido.

¿Es otra cosa el hombre aletargado
 que un fiel retrato de la triste muerte?
 En él sólo se advierte,
 por señal de existencia, que respira;
 al cuerpo entorpecido no le queda
 un solo movimiento
 que defenderle pueda
 de la mano cruel de un enemigo.
 Las temibles pasiones, al abrigo
 de la sorda inacción que predomina,
 al noble entendimiento, en su abandono,
 osadas le sorprenden,
 y al punto le derriban de su trono.
 Inexpertas del mando,

el regio cetro empuñan, y agitando
 los fútiles deseos, representan
 al corazón tranquilo y sosegado
 las sombras, los espectros y peligros,
 que luego se fomentan
 en la agitada y débil fantasía,
 que los juzga veraces, cual si fueran
 examinados á la luz del día;
 y en tanto el infeliz que así padece
 lamenta y gime y llora y se estremece.

¿Es ésta tu quietud, injusto sueño?
 ¿Y á ti te llama el hombre, que debiera,
 al ver tu adusto ceño,
 abominarte como á monstruo ó fiera?
 ¿Apenas el callado mundo indica
 que ya domina en él tu duro imperio,
 no te encuentra propicio
 el vil asesinato, el adulterio,
 el robo y todo vicio?
 Tú mismo armaste la traidora mano
 de Ulises y Diomedes contra Reso.
 El precepto inhumano
 de Dánao sus hijas confiaron
 al tiempo del olvido:
 entonces el brazo débil alarmaron
 con la acerada punta, y en el pecho
 lo esconden del esposo ya dormido,
 y el grato nupcial lecho,
 en quien reinara la delicia pura,
 conviértese en horror y sepultura.
 El Dárdano guerrero, que al unido
 poder del falso griego
 dos lustros resistiera,
 es sorprendido en la quietud primera
 de la callada noche; el leve fuego
 sus edificios tumba; airado Marte

terrores vibra; el golpe y el amago
un mismo tiempo siguen;
la muerte y el estrago
aniquílanlo todo, y en un punto
vemos en la gran Troya armipotente
cadáveres y escombros solamente.

Mavorte á Citerea
reduce á sus halagos, cuando Febo
su leve carro en la región nerea
había sumergido . . .
Mas ¿por qué inadvertido
me canso refiriendo
tus crímenes, tus fraudes y traiciones?

Del Erebo y la Noche aborto horrendo,
hermano de las furias y la muerte,
oscuro esposo de las tristes sombras,
huye lejos de mí. Déte el averno,
que fué la cuna de tu ilustre suerte,
eterna habitación, descanso eterno.
Allí contino gimas,
y nunca, nunca abiertas
se muestren á tu vista las dos puertas
por donde á los mortales
llegan . . . ¡Cielos! ¡Ay me! Yo desfallezco.

Así escribía cuando . . . (me estremezco
al sólo recordar mi susto y penal)
cuando improviso siento
estremecerse todo mi aposento
y que se me acercaba
con paso diligente
el hórrido Morfeo . . .
¡Ay Dios! ¡Y cuál le ví! Su negra frente
el opio soñoliento coronaba
con la ardiente amapola entretejido;

sus centellantes ojos
vertían iras, crueldad y enojos:
negro era el rostro, y negro su vestido;
disforme su estatura;
y levantando en la atezada mano
un ramo humedecido que empuñaba,
con semblante inhumano,
"mortal envanecido, que con necias
expresiones, al sueño así desprecias,
ríndete á su poder", dijo, y rociando
mi rostro pavitante
con el negro licor que destilaba
el verde ramo, al punto desaparece.

Entonces, como si un brillante rayo
muy inmediato á mí pasado hubiera,
el cuerpo se entorpece;
é involuntariamente, de un desmayo
muy dulce poseído,
rendíme al lecho, y me quedé dormido.

(*Diario de México*, 9 y 10 de Enero de 1808)

En la poesía satírica es fácil, pero no abunda en gracia. Pueden verse sus silvas *A un peso fuerte* (*Diario*, 17 de Julio de 1807), *Al cigarro* (9 de Enero de 1807), y las octavas reales sobre *La vida feliz* (26 de Enero de 1806) que terminan con este rasgo curioso:

Que aquí también alaba un *zaragate*
su *manta*, su *jacal* y su *petate*.

Entre sus epigramas pueden citarse estos:

—Pues tú no vas á la escuela,
yo tampoco, Juana, iré.

—¿Y si preguntan? —Diré
que me ha dolido una muela.

—¿Y si tu papá severo
quiere darte, Blas, castigo?

—No, que con llorar consigo
de mi mamá cuanto quiero.

(*Diario*, 3 de Noviembre de 1805.)

—¿No soy linda, Fabio? —Sí.
—¿Y qué tal toco? —Muy bien.
—¿Mi voz te agrada? —También.
—¿Bailo airosa? —Ya lo ví.
—Visto bien, soy bien dispuesta...
Dí: ¿qué falta á mis primores?
—Que el que los tienes ignores
y aprendas á ser honesta.

(*Diario*, 1º de Noviembre de 1806).

MANUEL QUIROS Y CAMPOSAGRADO

Escritor político.

De él sólo dice Beristáin que publicó un *Lamentable llanto de la ciudad de México* por la muerte de Carlos III (México, imprenta Jáuregui, 1789; existe en la Biblioteca Nacional, Novena división, pág. 411,) y *El abuso tolerado* (México, imprenta Jáuregui, 1812).

JOSE ANTONIO REYES.

Poeta.

Versificador que colaboraba en el *Diario de México* bajo las firmas *J. A. R.* y *José Otero Seniany*. Escribe versos eróticos y satíricos. De los últimos puede citarse este epigrama (*Diario*, 9 de Julio de 1806):

En las manos me pusiste
á Cicerón y á Virgilio;
pero, á la verdad, Lucilio,
¿por eso mi maestro fuiste?

Me obligaste á traducir
estas obras con presteza;
mas ¿su mérito y belleza
me enseñaste á discernir?

Por su carácter de época copiaremos el romance intitulado *Pérdida* (*Diario*, 16 de Diciembre de 1805):

Ayer en el paseo
se perdió un currutaco:
tiene el pelo á la Tito,
de almizcle perfumado;
el fleco disparejo,
hasta las cejas largo;
un sombrero chiquito,
muy bien encañonado,
que del sol no defiende
el rostro en el verano
ni del aire las sienes
en el invierno helado.
Desde éstas se prolonga,
del carrillo á lo largo,
la patilla poblada
que se avecina al labio.
Lleva un lienzo en el cuello,
relleno de mil trapos;
la camisa bordada,
y en el pecho un retrato,
al que á cada momento
ve con ojos livianos.
Mil cintas desde el hombro
le bajan al costado,

y desde allí comienzan
 los calzones, tan anchos
 que el viento dentro de ellos
 se pasea á su salvo.
 Como no gasta bolsas,
 trae pendientes de ganchos
 dos campanas enormes
 de acero pavonado.
 Usa casaca corta
 por el faldón, y en lo alto
 un cojín, con que imita
 fielmente á un jorobado.
 Tiene envueltas las piernas
 en cueros encarnados,
 como azabache negros
 de la espinilla abajo.
 En el café asistía,
 y por la noche al teatro;
 solía jugar tresillo
 ó billar, de prestado.
 Comía con sus amigos
 ó ayunaba á traspaso;
 dormía en una accesoria
 de las *de taza y plato*.
 Los domingos y fiestas,
 en el *Perdón* parado,
 al Padre de la misa
 veía de cuando en cuando.
 Chupa puro muy grueso,
 habla un idioma extraño,
 compuesto allá á su modo
 de francés é italiano.
 Baila bien contradanza,
 bolero afandangado,
 y casi á todas horas
 ejercita su canto.

Se suplica á cualquiera
 que llegare á encontrarlo,
 lo lleve á la *coqueta*,
 quien le dará su *hallazgo*.

No sabemos si este versificador es el mismo Lic. D. Antonio Reyes que el 12 de Febrero de 1811 fué derrotado y muerto por Herrera (el ex-lego juanino) y Blancas, en Santa María del Río, cuando, en compañía de D. Ignacio Irigorri, marchaba á Guadalajara á unirse á Calleja, llevándole hombres, dinero y piezas de artillería (Bustamante, *Cuadro histórico*, I, 195, y Alamán, *Historia de México*, II, 156).

JOSE MARIA RIBA Y RADA.

Escritor religioso.

Nació en Rosario (perteneciente hoy al Estado de Sinaloa) el 12 de Octubre de 1760. Estudió en Guadalajara, y luego en México, en el Colegio San Ildefonso; en la Universidad se graduó de bachiller en ambos derechos. Sirvió varios curatos en las diócesis de Sonora y Guadalajara; fué vicario foráneo y juez eclesiástico de Rosario; tuvo otros diversos cargos (tales como provisor, vicario general y visitador ordinario) y llegó por fin á gobernador, en sede vacante, de la diócesis de Sonora; de ahí pasó como prebendado á la Catedral de Guadalajara, donde luego fué maestrescuelas. Figuró como miembro en el Congreso Constituyente de 1824 y diputado en 1825 y 26. No sabemos cuándo murió.

Beristáin dice que Riba (ó Riva, según Osore) le ayudó con noticias para su *Biblioteca* y publicó una *Explicación de la Bula de la Santa Cruzada*, con rela-

ción á la América (México, imprenta de Ontiveros, 1802).

CONSULTAR: Beristáin; Osos.

ALEJANDRO MARIANO ROBLES.

Escritor político.

Nació en Guadalajara. Estudió jurisprudencia, pero no llegó á recibirse de abogado, pues, al regresar á Europa el Virrey Azanza, le faltó protección. Colaboró en el *Diario de México* con la firma *Alejandro Araimón Brosel*. Murió, joven aún, en México, el 12 de Octubre de 1807, siendo pasante en el bufete del Licenciado Verdad.

En uno de sus escritos, publicado en el *Didrio* el 18 de Octubre de 1805, propone, contra lo indicado en el prospecto de dicho periódico, se escriba libremente de política. «En España,—dice,—se conocen las mejores doctrinas políticas, y en la misma corte del Soberano y á presencia de sus principales ministros se anuncian al público con una libertad de que la ignorancia, la envidia y la preocupación de nuestros mayores habían despojado á los escritores. ¿Por qué, pues, en la América, trozo tan precioso de la monarquía española, se ha de carecer de ellas, principalmente cuando en estas remotas regiones se carece de cátedras en que pudieran enseñarse como en la sabia Europa.....?».....

CONSULTAR: *Diario de México*, 18 de Octubre de 1807, artículo necrológico por *El Melancólico* (Bustamante.)

FRAY JOSE ROCHA.

Escritor religioso.

Nacido en León de Guanajuato; lector de prima de teología en el Colegio franciscano de Celaya, y comisario de la Tercera Orden. Publicó, según Beristáin, *La amada del Señor*, elogio de la Concepción de María (México, imprenta de Ontiveros, 1797); *Ventajas del estado religioso* (México, imprenta de Ontiveros, 1799); y *Panegricos Mariales* (México, Ontiveros, 1802).

CONSULTAR: Beristáin.

JOSE MARIANO RODRIGUEZ DEL CASTILLO.

Poeta y prosador.

Guanajuatense; íntimo amigo de José Victoriano Villaseñor (*Delio*). Fué el fundador de la *Arcadia* de México, dentro de la cual se llamó *Amintas* y luego *Tirsis*. En el *Diario de México* escribía, ya con estos nombres, ya con el de *Mostaza*, ó con sus iniciales *J. M. R. C.*, invertidas á veces, *C. R. M. J.* Es poeta mediano; generalmente trivial, pero muestra facilidad aun en poesías insignificantes, como el romance que comienza (*Diario de México*, 4 de Junio de 1808):

Cuando el genio festivo
con sus pintadas alas....

y la *Anacreóntica á la primavera* (*Diario*, 9 de Abril de 1807):

Amigos, empecemos
entre apacibles risas
á gozar de las horas
que el hado nos destina....

Es, entre los poetas menores del *Diario*, quien más se acerca á la felicidad de los romances eróticos y pastoriles de Navarrete:

Parlera golondrina
que con canto festivo
á los hombres anuncias
el astro matutino....

(*Diario*, 15 de Julio de 1811).

Salve, pueblo felice
á quien la amable Flora
escogió por su asiento
y estancia deliciosa....

(*Diario*, 1º de Agosto de 1811).

La mano poderosa
de Júpiter supremo
destinó á los amores
edades como al tiempo....

(*Diario*, 1º de Abril de 1812).

Un goloso muchacho,
metido en una huerta,
alegre discurría
mirando con viveza
de una tendida parra
los racimos que cuelgan.

Pero no, ya se inclina
de las doradas peras,

hacia el durazno corre,
ya se vuelve á la higuera:
de aquesta el fruto corta,
pero apenas lo prueba.

Su gusto aún más provocan
encarnadas ciruelas,
los verdosos pepinos
y las moras sangrientas.

Su ambición todo abarca,
todo le lisonjea,
come luego otra cosa,
y al fin todo lo deja.

Así yo entusiasmado
entre muchas bellezas,
quiero decir de todas
porque todas me alegran.

(*Anacreónica II*, *Diario*, 17 de Junio de 1808.)

Volaba por el prado
una mariposilla,
como el aire ligera,
bordada de mil pintas.

Diáfanas como el éter
sus alas peregrinas
y esmaltadas con oro,
al viento se tendían.

Ya en un florido mirto
su vuelo suspendía,
ya en el jazmín posaba,
ya en unas clavellinas.

No hay flor do no se pare,
y aunque ellas se retiran
con timidez donosa,
sus cálices las liba.

¡Oh feliz mariposa!
¡Quién tuviera tu dicha,

pues, gustándolas todas,
ninguna te cautiva!

(*Anacreónica III, Diario, 21 de Junio de 1808*).

No carece de elegancia este *Soneto*:

Seis veces el invierno adusto y frío
ha quitado á los campos la hermosura;
seis veces ha que su inclemencia dura
grillos ha puesto á aqueste humilde río;

mas otras tantas el pintado estío
ha vestido los valles de verdura,
ornando con mil flores la llanura,
la abundosa pradera, el bosque umbrío.

El otoño con frutos sazonados
ha traído sus fértiles cosechas,
dejando los trabajos bien premiados
del labrador, sus ansias satisfechas;
y sólo mis amores mal pagados
sus cadenas no aflojan tan estrechas.

(*Diario, 18 de Julio de 1811*).

Tiene otro soneto, muy inferior á éste, pero con
agradable comienzo:

Cuantas produce flores el verano,
cuantos madura granos el estío....

(*Diario, 19 de Agosto de 1807*).

Pero en Rodríguez del Castillo llama la atención, no
su poesía, sino su prosa, en la cual se advierte una
peculiar cualidad poética. Difícil es encontrar en Mé-

xico, en la época del *Diario*, una página de prosa más
delicadamente escrita que la intitulada *Mis sentimientos*,
dedicada á Navarrete:

«Volví triste á mi cabaña, y el antiguo amigo me
presuntó:—¿Por qué estás amarillo y por qué á tus
ojos falta la vivacidad?—Y yo le respondí:—Tus her-
manos los hombres han metido la angustia en mi co-
razón. Ellos me miraron de mal gesto, me hablaron
con doblez, y yo estoy triste. Si me faltan amigos, ¿á
quién amaré?—Y Delio me dijo:—Está sereno, que si
ellos te han desamado, muy presto suspirarán por tu
compañía y se dolerán de haberte injuriado; y aunque
esto no fuera, Delio es como nacido del mismo vien-
tre que tú y partirá contigo las delicias de su cora-
zón.—Y yo le respondí:—El Supremo Sér impelió
dos almas iguales á distintos senos, y él mismo las
ha juntado para su delicia. Nuestras cunas se me-
cieron á un tiempo, y, cuando no teníamos acciones
de hombre, estábamos acostados bajo una sola som-
bra, y después retozamos como dos corderitos gеме-
los en un valle. La razón divina nos alumbró, hermo-
sa como la primera alborada, y fuimos amigos. El in-
fortunio tomó los primeros pasos de mi juventud, y tú
lloraste en secreto; tus ojos estaban agitados en mi
presencia por el llanto, y tus palabras maravillosas
alternaban en mi turbado espíritu como la primavera
y el invierno. Con todo, mi corazón no puede menos
que llorar porque le han angustiado; y si la tierra que
habitamos está floreciente cuando se desatan las llu-
vias, también amarillea en el otoño, y los vientos
arrancan las hojas y las revuelven por el suelo.—Y
me dijo:—Cuando estés entre los hombres, serás co-
mo los sembrados con langosta, y cuando conmigo,
como la tórtola con su polluelo.—Y yo me complacía
en su decir. El genio de la amistad nos tenía cubier-
tos con sus alas, y yo suspiraba desechando el pesar
como un hálito nocivo.

«Entonces me propuso ir al bosque á coger unos panales para nuestras hermanas; yo consentí al momento, y olvidé con su dulzura todas mis pesadumbres. El umbroso bosque es muy semejante á mi madre, que ya no habita con nosotros. Ella me ponía cariñosamente á sus pechos, y el bosque me liberta del ardiente sol, y me refrigera con sus delgadas aguas; mi madre me cantaba canciones para que me durmiera, y el bosque tiene pajaritos que cantan llamando al sueño; mi madre me traía frutas en teniendo hambre, y el bosque no me niega cuantas produce; mi madre jamás dijo mentira, y el bosque no me ha engañado. Amable bosque, yo te quiero porque eres semejante á mi madre; ahora estoy triste, diviérteme como ella lo hacía. Quiere á mi Delio, pues ella lo llamó mi hermano, y su cariño se dividió entre los dos sin envidia; ella nos abrazaba á un tiempo en sus faldas, y nosotros la besábamos á competencia; y cuando aún no sabíamos andar, nos tomaba al uno y al otro por los brazos, y sostenía nuestros pasos titubeantes; y cuando ella se apartó de nosotros para siempre, nos dijo por última razón:—Amaos como hermanos; los dos sois mis hijos, y mi memoria os servirá en lo futuro.— Y cerró sus labios para no hablar más. Él y yo gemimos profundamente, y nuestras lágrimas se mezclaron en su muerte. Desde entonces, los dos nos llamamos huérfanos sobre la tierra, sin que hayamos tenido quien nos eche una mirada de compasión. Sé, pues, ¡oh lindo bosque! tan benéfico para nosotros como aquella que ya no alentará.

«Y tú, poeta sensible, á quien consagro estas deliciosas memorias, recíbelas con agrado; sean plausibles á tu oído, en todo diverso al del soberbio guerrero y codicioso negociante, que han cerrado las puertas de su corazón á las voces del maternal cariño y de la amistad.»

(*Diario de México*, 15 de Agosto de 1808.)

Son menos interesantes otras dos páginas en prosa: *Mis deseos*, dedicada á Anastasio de Ochoa (*Diario*, 16 de Abril de 1808) y *La canción de Amintas* (2 de Junio de 1808).

ANASTASIO JOSE RODRIGUEZ
DE LEON

Poeta.

Presbítero mexicano, capellán del Palacio Virreinal y cura castrense de los Militares Inválidos.

Era medianísimo versificador; pero componía versos en todas las ocasiones solemnes, políticas y religiosas. Beristáin, pródigo en elogios, en este caso confiesa que «este eclesiástico laborioso, eficaz y muy dedicado al culto de Dios y sus santos, ha acreditado en sus versos más la sencillez y limpieza de sus afectos que el arte, las gracias y las bellezas de las musas.» Sus versos se encuentran en hojas sueltas, en la *Gazeta*, en el *Diario* y en *El Noticioso General*, así como en folletos formados de tributos poéticos en diversas ocasiones. En la Biblioteca Nacional de México se conservan varios folletos y papeles impresos de Rodríguez de León (páginas 262 y 263 del catálogo de la Octava división): contienen versos de felicitación á los Virreyes Iturrigaray y Venegas, al Arzobispo Lizana, elogios de la Audiencia, de los hermanos Antonio, Jacobo y Ciro de Villa Urrutia, de Miguel Lardizábal, y composiciones sobre algunos otros temas de actualidad.
